

Tienen algo de cierto pero también mucho de ilusión. Con las maquetas/modelos pasa lo mismo. La maqueta de un packaging luce perfecta y vívida durante la presentación al cliente, pero después, en su situación real en la góndola del hipermercado, su etiqueta ya no tiene ese hermoso papel ilustración, ni las tintas se ven tan saturadas, ni el papel tiene el cuerpo que uno palpó en la maqueta y además está todo rayado por el roce generado durante su transporte. Del mismo modo, la blanca maqueta de una máquina cortadora de césped luce inmaculada y solemne durante una entrega en el taller de diseño pero luego, durante su uso real, esa máquina resulta peligrosa, ruidosa y siempre está sucia.

En relación a esto me parecen pertinentes las siguientes palabras del diseñador español Oscar Tusquets: «Cuando, como diseñador, se me pregunta repetidamente si se debe privilegiar la función o la estética, respondo que esta disyuntiva no existe y que la cuestión está mal planteada, pues en un objeto útil la estética es indisociable de su uso. La belleza de una tetera no se expresa en una imagen estática, sino en funcionamiento, en la temperatura de su mango, en la manera en que el líquido se vierte y en el sonido que produce, en el equilibrio de pesos que sentimos al inclinarla, en la pulcritud de su interior. Si estas cosas nos resultan desagradables, acabaremos por odiar su imagen.» (Del libro «Más que discutible», de Oscar Tusquets Blanca capítulo «Bello o fotogénico», Pág. 93. Tusquets Editores, Barcelona 2002).

Y yo agregaría a ese paradigma de belleza, cuestiones relativas al diseño universal y al eco-diseño: conciencia social global, claridad en la comunicación de sus funciones, codificación regional/global de su lenguaje, economía en los recursos utilizados para su fabricación, disminución de riesgos de uso o efectos indeseados, armonía de su desgaste, conciencia y diseño de su situación post-mortem, biodegradabilidad o re-uso de componentes, etc.

Castillos fortificados, de la guerra a la paz.

Susana Bueno

Arnoul d'Ardres, viendo que la fortuna le sonreía, hizo construir, en el centro del pantano, una torre de altura excepcional, que dominaba la región. La rodeó de murallas, puentes, puertas y construcciones utilitarias. Crónica de Lambert d'Ardres, circa 1060.

Introducción

Los castillos fortificados tienen una historia limitada en el tiempo y en el espacio. Característicos de Europa, la construcción de estas fortificaciones data del siglo IX al siglo XVI. La arquitectura militar existió antes de la aparición de estas fortificaciones, pero todos estos tipos primarios de fuertes, desde los mesolíticos en Palestina, en Jericó 8000 a. C., hasta la caída del Imperio Romano, tendían a un propósito de defensa colectiva: una ciudad, un pueblo o un amplio territorio. En Galia, Roma era tan poderosa, que las grandes propiedades rurales no necesitaban defensas.

Dentro de las fronteras del Imperio, solo unas pocas grandes ciudadelas eran fortificadas cuando existían amenazas de invasión. Las fortificaciones eran siempre del mismo tipo, un gran espacio flanqueado por torres espaciadas en modo

regular, con aberturas para vigilar los accesos. En la frontera dos tipos de defensa eran habituales: el castrum, que era un gran campo militar donde las legiones tenían sus cuarteles, y el castellum una pequeña torre de madera generalmente rodeada por una empalizada y ocasionalmente por un foso. Usado como puesto de observación entre dos castrums los más pequeños, pero más numerosos castellums, eran parte esencial de la vigilancia de las fronteras romanas. Estas construcciones, una torre, una empalizada y un foso, fueron los precursores de los castillos fortificados.

Durante las grandes invasiones, los bárbaros que poblaban la Galia, en particular los Francos, se ajustaron muy bien a las estructuras existentes (romanas o cristianas) y ejercieron una dominación que no requería de la construcción de fortificaciones. Luego, el poder de los Merovingios y los Carolingios residía únicamente en la fortaleza y habilidad de sus ejércitos.

A mediados del siglo IX después de la muerte de Carlomagno, rey de los francos y emperador del oeste, las reyertas sobre su sucesión causaron la caída del Imperio Carolingio. Esta caída fue también producida por nuevos invasores (Sarracenos desde el sur, Húngaros del este y sobre todos Vikingos) quienes a diferencia de los bárbaros del siglo V, no se afincaron en las tierras conquistadas, sino que los asaltaban regularmente, resultando un siglo de constante inseguridad.

Confrontados a esta decadencia de autoridad central, los más poderosos terratenientes y obispos trataron de ejercer su autoridad basados en la justicia, administración o seguridad, que originalmente se centraba en el rey. Pero estos duques condes, obispos o abades, se mostraron incapaces de administrar aún sus propios asuntos y fueron forzados a delegar su autoridad sobre buena parte de sus tierras. Cada región, cada valle, cada villa, vio la aparición de nuevos centros de autoridad manejados por vasallos, compañeros o parientes de los grandes señores feudales.

Entre estos señores y sus descendientes, se crearon diferentes reglas, que escondían parcialmente una autoridad muy fragmentada y rivalidades constantes, guerras, alianzas y traiciones: era el amanecer del feudalismo, y fue el real comienzo de los castillos fortificados.

Tanto centro, como símbolo de dominación y defensa de un territorio, las fortalezas se transformaron en el lugar ideal para imponer una nueva clase de autoridad. Por varios siglos, al menos hasta el reino de Luis XI, la historia de los castillos, de la realeza y del sistema feudal, se funde con las conquistas, condado por condado, de la monarquía para lograr un poder unificado y absoluto.

Castillos de tierra y madera

Los primeros castillos fortificados de tierra y madera aparecieron a finales del siglo IX. Este primer tipo de fortaleza, que fue vista en algunas regiones hasta el siglo XII, se distingue de la pequeña ciudad fortificada solo por la presencia dentro de ella de la residencia del Señor. Esta fortaleza estaba circundada por una empalizada que fue dispuesta sobre un terraplén circular de unos pocos metros de alto, y bordeada por un foso de más tres metros de profundidad. Para pasar por sobre este foso, un puente permitía acceder al portón de entrada. Esta puerta de acceso era frecuentemente una pequeña torre. Dentro de esta fortificación, que llegaba a medir hasta 120 metros de diámetro, no había una separación entre los edificios del

Señor y los correspondientes a los siervos.

Esta separación recién apareció aproximadamente en el año 1000, con el edificio de la torre separado de las otras áreas de trabajo. Para permitir que la torre domine el resto del cercamiento, ésta se ubicaba en una elevación del terreno. Asimismo en la mayoría de los casos, ya sea dentro o en el perímetro se construía un terraplén de tierra: primero se cavaba un pozo en forma circular, la tierra extraída se usaba para construir en el interior un montículo llamado motte. En su base la motte podía tener un diámetro de 70 metros y su altura llegaba a 15 metros.

En lo alto, se construía una torre de madera protegida por varias empalizadas. Estas torres tenían forma cuadrada o rectangular y servían de vigilancia (como los castellum romanos) pero podían servir como residencia del Señor (incluyendo almacenes y capilla) formando la primera primitiva clase de torre románica. La separación del fuerte en dos partes fue evidente a partir de ese momento: en una parte, la motte feudal que dominaba el lugar y simbolizaba la autoridad del Señor, y por otra, en un terreno más bajo, el lugar donde estaban las edificaciones reservadas a los servicios domésticos; cada cual en su lugar en la jerarquía del castillo.

Aún rudimentario, el sistema defensivo de los primeros castillos fortificados fue una acumulación de obstáculos: cursos de agua, zanjas, estacas, haces de palos, empalizadas y la motte.

Los castillos fortificados de tierra y madera tenían la ventaja de ser construidos rápidamente con un material que no escaseaba y no demandaban, ni mucho dinero ni habilidad especial para su construcción. Podían por lo tanto ser edificados rápidamente (en York, Inglaterra, un castillo del tipo motte fue construido por Guillermo el Conquistador en una semana) Sin embargo sus desventajas eran también obvias, no resistían los túneles que los atacantes construían para minarlos, ni el fuego, ni el tiempo.

Ninguno de estos trabajos existe hoy en día, solo elevaciones del terreno y zanjas nos indican de su existencia pasada.

Primeros castillos fortificados construidos en piedra (siglos X a XIII). El primer cambio a introducir en los castillos por influencia normanda fue la torre de madera por piedra.

En el Siglo X comenzaron las formas de construcción que anticipaban las que se verían en los siglos XI y XII. Eran de forma rectangular y generalmente reforzados por poderosas almenas planas. La planta inferior, que no poseía aberturas y se utilizaba como depósito, estaba cubierta con una bóveda de piedra, sellada y protegida para reforzar la obra y prevenir el fuego. A los siguientes niveles superiores, con pisos de madera, se podía acceder mediante escaleras rectas o caracol construidas en el espesor de las piedras de la pared o en una pequeña torre adosada.

En la parte superior había galerías de madera soportadas por ménsulas de madera o de piedra. Rodeando al bastión, generalmente construido en piedra, estaban las defensas hechas con empalizadas y fosos, como era de estilo en el siglo XI.

Los primeros bastiones tenían por lo menos tres secciones: el hall o sala, un gran salón usado generalmente para recepciones o para impartir justicia, la cámara o habitaciones privadas y la capilla, con un oratorio simple. A fines del siglo XII, un monje de una congregación flamenca, proveyó una inusual descripción de este tipo de construcciones. La que él describió había sido construida en el año 1120. Su

construcción era de madera, si bien era similar a otras de piedra construida en la misma época: «En su planta inferior estaban los almacenes, en sus niveles superiores estaban los departamentos y el gran salón, más arriba estaba el gran dormitorio del señor y su esposa, la cámara de las damas de compañía y el dormitorio de los sirvientes. Una habitación con un hogar chimenea hacía las veces de sala de baño. Otro salón calefaccionado con una chimenea era utilizado para mantener a los pequeños niños en un ambiente templado. La cocina, que ocupaba dos plantas, estaba en un edificio separado, pero unido al bastión, y debajo de la cocina estaba el chiquero y el gallinero. En el piso superior estaba el dormitorio de los hijos e hijas del señor, el salón de la guardia y la capilla, decorada con esculturas y pinturas. Los niveles estaban conectados entre sí por escaleras y corredores».

En el siglo XII las defensas exteriores fueron modificadas: la fortificación circular, que ahora circundaba al bastión, estaba construida con piedras. Estaba flanqueada por dos torres semi-circulares o cuadradas, espaciadas en función del alcance de las flechas. En algunos casos, una segunda fortificación circular, protegía la base del bastión.

Esta fortificación tenía como propósito resguardar al bastión, que construido en la parte más inaccesible del castillo, era el último recurso en un sistema concéntrico de defensa. Al igual que antaño, todo este sistema apuntaba a desalentar al enemigo colocándole una sucesión de obstáculos. Aún así, era un sistema de defensa pasivo.

El siglo XIII

En marzo de 1204, Felipe Augusto toma el Château-Gaillard, construido en 1196 por Ricardo Corazón de León. Este ataque marca el final del sistema de defensa pasivo.

El siglo XIII trajo un cambio completo. Con el crecimiento y el avance de las armas de guerra, el sistema de defensa fue forzado a convertir las aberturas de las murallas por donde se disparaban las armas de fuego, en más efectivas, más numerosas y de diferentes formas, las galerías de madera fueron reemplazadas por las de piedra. Aparecieron los primeros puentes de madera, las torres cuadradas fueron reemplazadas por las redondas, que eran más fuertes y permitían una visión superior.

La muralla cuadrangular fue adaptada, la fortaleza fue coronada con las aberturas que permitían disparar las armas de fuego y fue sistemáticamente construida en forma inclinada, para prevenir el rebote de los disparos provenientes desde arriba. Las torres redondas estaban acorazadas en todos los niveles para reducir el riesgo de incendios, algunas veces equipadas con sus propios tanques de agua y almacenes, conformaban una fortaleza en sí misma. Todo la fortificación podía estar circundada por una pared más baja que la interna para que el fuego no alcanzara el edificio principal. El foso exterior fue agrandado u podía llegar a medir 10 metros de profundidad y 15 metros de ancho. En lo posible era cubierto de agua, para proteger los avances.

La guerra de los cien años (1337 – 1453)

La construcción e importancia de los castillos fortificados se incrementó durante este largo período signado por diferentes plagas: guerra, hambruna y la peste negra.

La fortaleza militar señorial construida y reconstruida durante este período de guerra, no fue afectada por las innovaciones del siglo XIII. No obstante se produjeron importantes transformaciones, teniendo en cuenta lo aprendido durante

el largo conflicto.

Una pequeña construcción fue emplazada frente al foso reemplazando a la antigua barbacana que estaba frente al acceso principal y servía de protección, ya que filtraba el acceso al mismo. Los anteriores puentes levadizos fueron sustituidos por un sistema de pesas. Las aberturas en forma de bóveda para ubicar las armas de fuego, que en un principio eran verticales, adoptaron distintas formas, primero cruciforme para ubicar la ballesta, y luego en el comienzo del siglo XV, con forma horizontal para disparar armas de fuego. El cambio más importante fue el agregado de muros entre las torres de defensa.

El final de los castillos fortificados (1453 – 1520)

El final de la Guerra de los Cien Años, el fortalecimiento de la autoridad del rey y el repentino avance de la artillería llevó a la rápida desaparición de los castillos fortificados. Habiendo perdido su vocación militar y permaneciendo solo como un símbolo del señorío militar, los antiguos castillos fortificados se transformaron en simples lugares de residencia de los señores y, en concordancia con el espíritu del Renacimiento, fueron equipados con grandes aberturas en los muros y anchas ventanas con divisiones.

Los nuevos castillos, si bien era de uso la forma cuadrangular, fueron construidos con tres lados, el cuarto lado abierto hacia un jardín o una explanada, espacios que fueron creciendo en importancia. Algunos elementos de la arquitectura militar (fosos, puentes levadizos y aberturas para disparar armas) fueron mantenidos, galerías de piedra ornamentadas ahora reemplazaban las viejas piedras desnudas. No obstante, todos estos detalles solo tenían un significado estético y simbólico.

Las habitaciones señoriales

Los castillos fortificados fueron construidos para la defensa y a través de su evolución las áreas reservadas para la vivienda debían supeditarse al sistema defensivo, el cual tenía prioridad. Pero el castillo era también la residencia del señor.

Poco se sabe de cómo era el diseño de las áreas habitacionales en los primeros castillos; los registros escritos son escasos y quedan pocos vestigios arquitectónicos de la época. Hasta el siglo XII las habitaciones eran muy rudimentarias y toda la prioridad se le asignaba a las estructuras militares. Éstas habitaciones parecían ser pocas y de proporciones limitadas, y sobre todo muy pobremente iluminadas: solo los pisos superiores tenían pequeñas aberturas que se cerraban desde adentro por postigos de madera. Eran extremadamente frías en invierno ya que para evitar debilitar las paredes exteriores solo existían pocos hogares- chimeneas construidos en las paredes interiores. Estos hogares-chimenea estaban decorados con frescos y tapices para esconder las paredes desnudas. Las letrinas colocadas en voladizos proveían un mínimo de higiene.

A excepción de los almacenes, el gran salón y la capilla, las habitaciones no tenían un propósito preciso o definido. Lo que le daba su función era el mobiliario básico que se instalaba en la habitación. Estos muebles estaban hechos esencialmente con caballetes y tablas, convirtiéndose, en función de su disposición, en una mesa, un escritorio o un armario, también había una cama y unas pocas sillas que se mantenían en el bastión donde también se mantenían objetos de valor y archivos que se convertían en la única prueba de las legítimas posesiones del señor.

Además de la residencia del señor y siempre dentro de los muros externos del castillo, estaba el pozo de agua, la panadería, las cocinas y en algunos casos los establos y los palomares. El tamaño del palomar era muy importante: un gran palomar significaba abundancia de tierras, dado que las palomas debían encontrar alimento en ellas y proveer al propietario con todo el estiércol requerido para abonar la tierra; concretamente el palomar mostraba la riqueza de los dominios señoriales.

Al pie del castillo estaban los colmenares que proveían de miel, único medio de endulzar de esos tiempos. Ya por fuera de los muros circundantes estaban los talleres y los molinos necesarios para proveer la harina. Las áreas forestadas se mantenían alejadas del castillo, tan lejos como fuera posible, con el propósito de poder usar las tierras para labranza y pasturas, como así también forzar a los visitantes, sean estos amigos o enemigos, a acercarse de modo visible.

Desde los finales del siglo XII se mantienen mejores registros que permiten entender la vida en los castillos fortificados, de ellos se conocen inventarios, escrituras, crónicas, registros contables, y algunos textos de la literatura cortesana que describe la residencia del señor en su castillo.

Desde el siglo XIV se empiezan a ver más ventanas y de mayor tamaño a las que se agregan progresivamente, vidrio, debido al progreso en la fabricación de vitrales.

La comunicación entre habitaciones se hizo más simple a través de escaleras caracol que fueron reemplazando las rectas y por galerías que conectaban las habitaciones que estaban en el mismo nivel. Las letrinas que antes se colocaban en los voladizos, ahora eran instaladas dentro de las paredes. El gran salón de los primeros siglos ahora se transformó en el símbolo del prestigio del señor, el cual expresaba su nobleza a través de una gran mesa que servía para entretener generosamente a sus invitados que se encontraban rodeados por paredes cubiertas con tapices o pintadas con frescos, techos con paneles de madera y pisos embaldosados. Sin embargo no hubo una mejora notable en el mobiliario, ya que el uso de verdaderas mesas o armarios no apareció hasta el siglo XV.

Atributos civiles del castillo

Los atributos guerreros fueron determinantes en la concepción del castillo medieval; pero basta leer las crónicas y las novelas para convencerse de que no fueron los únicos en dominar la imagen del castillo.

Los atributos civiles fueron igualmente importantes, pues el castillo vivió más en paz que en guerra, fue más un centro administrativo que una barraca para soldados o un fuerte en el sentido moderno del término.

La gran sala: el poder civil (la autoridad), administrativo y judicial

Los poderes ejecutivos y judiciales exigen en todos los tiempos espacios públicos para expresarse y exhibirse.

Cualquiera sea la época, los soberanos han tenido la necesidad de espacios para ejercer la justicia, para sus ceremonias, sus festividades, frente a un público cuidadosamente elegido para reconocer el poder; éste era el rol de la gran sala (en inglés «hall»)

Desde el origen del Feudalismo existió en el castillo una sala común donde el señor tomaba sus alimentos, ejercía justicia y reunía a sus consejeros para deliberar.

Los jergones recibían los cuerpos de los caballeros agotados

por la caza y los torneos, el trovador cantaba su canción, y una vez terminada la cena, las mesas eran levantadas y se disponían los sitios para la justicia señorial; se remplazaban los tablados por lechos destinados a los más destacados huéspedes.

Esta función variada aparece en todas las novelas del medioevo: se trataba de la sala de vida del castillo, centro de la administración de la justicia pero también de la hospitalidad.

El rol de la gran sala tuvo una evolución cronológica y de acuerdo a los estatutos (reglas). Respecto a este último punto, las dimensiones fueron índices de la grandeza del señor o soberano, alcanzando 1440m² en Inglaterra o 1785m² en París. Este edificio, extraordinario por sus dimensiones era capaz de recibir las asambleas más numerosas; el rey podía allí ejercer justicia, y además desarrollar las ceremonias oficiales.

En esta sala la puesta en escena de la legitimidad del linaje real fue el elemento mayor del programa: cada pilar estaba coronado bajo una bóveda, por la estatua de un rey de Francia. Las grandes salas, difícilmente alcanzaron esas dimensiones, sin embargo, para los edificios más importantes según los estatutos, la tendencia fue de grandes superficies, la función civil reclamaba dimensiones horizontales utilizadas en sentido vertical por las funciones militares. Tanto en las salas más pequeñas como en las más grandes se imponía el símbolo feudal civil.

La cultura arquitectónica francesa privilegió la elevación de la gran sala por sobre el nivel doméstico o utilitario.

Simbólicamente esta diferencia es notable: significa que el soberano o el Señor le atribuía una importancia particular a esa ubicación en el primer piso. Fácilmente comprensible desde el punto de vista de los estatutos: una sala alta, destinada a los nobles y una sala baja, destinada a los comunes; era símbolo de una concepción social relacionada al advenimiento de la Caballería Andante.

La gran sala era un espacio multifuncional, era una estructura fija y según la hora del día o del ceremonial, caballetes, jergones, planchas o montantes de cama podían modificar su aspecto.

En la función de Sala de Justicia, aparecían a menudo, los Tribunales, éstos eran recintos cerrados provisorios, delimitados por los sitios de los jueces y barra de abogados; una gran sala podía acoger muchos tribunales.

Más allá de la diferencia de dimensiones y diferencias en arreglos de interiores, tanto la gran sala real como la gran sala del pequeño castillo, funcionaban del mismo modo: a la hora de la comida, las tablas se montaban sobre caballetes. El Señor y su esposa, de espaldas a la chimenea, comían a la vista de los cortesanos, mientras que los músicos y bailarines los distraían.

A la izquierda, siempre estaba el dressoir, aparador usado para guardar y exhibir la platería y la vajilla de lujo (símbolos de riqueza del propietario).

Después de la comida, los tabloneros eran levantados y la sala servía a otras funciones y/o usos. En una de las paredes laterales se encontraba la tarima señorial, desnivelada por algunos escalones, calefaccionada por una chimenea a piñas; ésta era el sitio del Señor, quien como juez del tribunal, allí celebraba la sesión, ejercía justicia y hasta comía. Opuesta a ella y en las paredes laterales, mesas y banquetas se organizaban como lugares de justicia; reservando un espacio libre en el centro que permitía comparecer a los acusados, la

circulación de los servidores, como también ofrecer espectáculos, tan frecuentes en la vida social del medioevo.

El espacio residencial o cámara

La gran sala fue en su origen el espacio residencial nocturno para los huéspedes de paso y a veces, para los servidores de cierto nivel, por ejemplo los valet. El espacio residencial comprendía en general, varias habitaciones a través de las cuales se hacía un filtro progresivo hacia lo privado: el Señor y su familia más próxima se aislaban del lugar donde dormían los comunes o los huéspedes; éste es el comienzo de una evolución de lo público hacia lo privado.

Si bien en la Edad Media la promiscuidad para dormir era frecuente, la evolución cronológica y de los estatutos condujo progresivamente, hacia la concepción de departamentos aislados o de habitaciones privadas, al menos para los dignatarios.

En los siglos XII y XIII, ya figuraba en los programas catastrales de castillos y palacios ese elemento fundamental, más o menos desarrollado, sea horizontalmente en las habitaciones, sea verticalmente en las torres maestras o torres anexas.

De la cámara al departamento

Los siglos siguientes vieron evolucionar el espacio afectado a la residencia privada con una tendencia cada vez más fuerte al control de la intimidad.

Los siglos XIV y XV vieron multiplicarse los espacios anexos, gabinetes, construcciones concebidas para favorecer la intimidad del Señor y que eran destinadas también a tomar lugar en el protocolo cada vez más estricto.

En forma simultánea, la residencia se multiplica, dando lugar a departamentos no solo para el Señor, también para su esposa y para sus hijos.

Si bien no existe un estudio sociológico confiable de la época en la que se realiza la separación entre la habitación del Señor y su esposa, puede admitirse que en los edificios de mayor categoría, dicha separación existió desde fines del siglo XII, cuando la cámara común queda en los edificios de segundo rango, ejemplos son los pequeños palacios bretones del siglo XIX, que testimonian que esta situación perduró más allá del medioevo.

A menudo la habitación contaba con pequeños espacios anexos, para rezo o estudio; eran espacios necesarios para sustraerse de la vida pública.

Al costado izquierdo de la habitación se hallaba el guarda ropas, donde los sirvientes tenían preparadas las vestimentas sacadas de los cofres.

Dentro de la habitación se ubicaba la bañera, ornamentada con sábanas, donde el Señor y la Señora descansaban desayunando, impávidos frente a la presencia de la servidumbre. El baño era todo un acontecimiento, pero estaba muy presente dentro de los espacios residenciales; podían tomarse en tinas, en forma de simples cubas, o también baños turcos que se multiplicaron a fines del siglo XIV.

La capilla

Fue el atributo mayor del palacio y castillo, y en muchos casos, en los planos catastrales fue un elemento simétrico de la gran sala, con un peso equivalente en la organización del edificio, como ejemplifica la capilla del Palais de la Cité, en París (edificado en tiempos de san Luis), frente a la gran sala, una gran galería unía una y la otra, comunicando a las

habitaciones reales.

A partir de mediados del siglo XIV, muchas capillas señoriales tuvieron pequeñas habitaciones destinadas al Señor y la Señora, a ambos lados de la nave central, y así orar sin ser vistos por los comunes.

Las galerías: espacios de circulación y espacios de descanso

La circulación vertical, primordial para el acceso desde el patio a las partes esenciales de una residencia, tenía su exigencia: la habitación del Señor debía poseer, para merecer su status, espacios de circulación horizontal.

Una de las manifestaciones del status señorial era la capacidad de exhibir lo superfluo, es decir, para ser Señor o Soberano se debía tener el poder de construir espacios no utilitarios.

Desde comienzos del siglo XII, la funcionalidad de lo superfluo se pone en evidencia en el palacio d'Auxerre, con la galería que une la gran sala con las habitaciones.

Hasta la mitad del siglo XIV, las galerías fueron esencialmente espacios de circulación entre edificios, a veces, lujosamente arreglados.

A partir de mediados del siglo XIV, dan nacimiento a zonas espaciales extremadamente diversificadas; la galería podía ser un espacio de circulación, pasillo y también sala de descanso o de recepción.

En todos los casos se imponía la ostentación de ese lugar superfluo; distinguiendo al soberano o gran señor del pequeño feudal y del burgués.

Esta moda iba a la par con la multiplicación de los elementos constitutivos de la habitación: la residencia señorial devino en esos departamentos que caracterizaron el Renacimiento.

Cambios del cuerpo según la época.

Lorena Bustos

Es indudable que existe una estrecha relación entre la construcción del sistema de las apariencias, y las necesidades que tienen las sociedades en sus distintas etapas históricas. Así la simbiosis que se genera entre el vestido y el cuerpo, la sociedad y la naturaleza, van a conformar un discurso coherente para enfatizar las diferentes ficciones sociales.

Siempre se ha de adaptar el cuerpo al ideal de belleza manifestado por los modelos estéticos típicos de cada sociedad. Las mujeres que hoy desean tener una línea ligera y ágil, antiguamente demostraban satisfacción por su exuberante corpulencia, que incluso potenciaba con el uso de la pillules orientales.

Hasta la primera década del siglo XX ser corpulento era signo de bienestar, lo que suscitaba una sensación de buen aspecto físico en contraste con la apariencia miserable y seca de obreros y desempleados, que padecían hambre y no tenían ningún peso en la sociedad.

En la India, un país que ha sufrido la desnutrición, Buda no ha sido representado con una ascética delgadez, sino con el rostro lleno y bien nutrido.

En muchos pueblos de Oriental y del norte de África se puede encontrar una preferencia por las mujeres corpulentas, sin mencionar casos extremos como los de algunos pueblos de África central, en los cuales las muchachas antes de casarse, eran separadas de la sociedad teniendo que someterse por la

fuerza al engorde para pertenecer después, como cualquier otra posesión, a los bienes del marido. La mujer gorda rebosante de salud y preparada para el matrimonio, atraía la atención sobre otro aspecto importante que todavía hoy es motivo de orgullo, la fertilidad, que constituía el polo positivo que tenía su opuesto negativo correspondiente en la bruja delgada, vieja y estéril. Como símbolo peculiar de la rebosante fertilidad son aún los senos firmes, rígidos y turgente, de esta forma, el voluminoso cuerpo femenino de senos llenos y abundantes, además de tener su propio valor sexual, pudo convertirse también en el elemento cultural de la fertilidad, como atestiguan los numerosos hallazgos que desde el descubrimiento de la Venus de Willendorf, se ha producido en Asia, en Europa y América central. Estos atributos de turgencia, rigidez y firmeza en relación con el cuerpo femenino excitan al hombre quizás porque van asociados a la turgencia y dureza de su propia excitación sexual.

Está científicamente comprobado que, sobre todo en sujetos débiles e indefensos, la blandura del contacto físico es fuente de seguridad y protección.

La estimulación táctil que se establece con un cuerpo «esponjoso» y suave es ciertamente gratificante, no sólo en el niño, sino en el adulto y desarrolla, por lo tanto, una respuesta de atracción positiva. Por otra parte, en individuos frustrados, la suave blandura de un cuerpo femenino podría presentar una atractiva invitación para liberar a través del contacto físico la propia agresividad.

Son diversas las razones que por la mujer robusta, más desarrollada de lo normal, sigue considerándose un ideal de belleza particularmente seductor, aunque menor medida que en el pasado.

Particularmente en tiempo y en países azotados por la miseria y el hambre, la persona bien nutrida ha representado, y en parte todavía hoy lo representa, un ideal digno de envidia.

Durante la etapa industrial la obsesión por aumentar la producción y el consumo impulsan al sistema de la moda a visualizar al vestido como objeto seriado, como múltiples variaciones continuas pero no esenciales. Estas variaciones digitadas por la moda, exteriores a cada persona y por lo tanto con carácter de norma casi obligatoria, son funcionales para el sistema pero no para los usuarios. Se convierte de manera disimulada en una forma más del control social. Así un vestido de fiesta ajustado, incomodo, con moños y volados, puede resultar funcional para ese contexto como eslabón del sistema de la moda. Sin considerar para nada la confortabilidad o el bienestar de las personas, el vestido de la moda indicada hasta estos días sus privilegios con respecto al cuerpo, que sofocado y minimizado solo le servía de soporte.

Como un ejemplo más de la diversidad de objetivos que pueden darse entre el interés del cuerpo y de la moda, ese cuerpo soporte ha debido adaptarse a las estrategias de la cultura de masas. Desterrada su propia tipología tuvo que aplanarse, homogenizarse, adelgazar hasta a-sexuarse porque su 'única función era conformar con el vestido masivo, la imagen exigida por la sociedad.

Fuera de ese canon hay huellas de vida como las que narra el cuerpo del tenor Pavarotti, que ayuda a perfilar su identidad pero no encuadran dentro de los parámetros del acelerado sistema de la moda. A mayor similitud de formas tanto femeninas como masculinas, mayores beneficios económicos.

En el marco de la cultura de la imagen y para lograr el